

---

---

## CAPITULO V.

**Leontina.--La emancipacion de la mujer.  
Aparece Claudio Laroche.**

### I

Como habrán podido ya conocer mis lectores, la amistad de Rafaela con Leontina, ahora condesa de Harley, databa desde la niñez de entre-ambas. Leontina era hija de una viuda que poseía una regular fortuna; pero que adorando á aquella con esa ceguera perjudicial y tan común en las madres, la dejaba hacer su gusto en todo, y se comprometia, para satisfacer sus caprichos, á gastos dispendiosos y considerables.

La jóven habia nacido bella y estaba fatalmente dotada por la naturaleza. La escasez de sus alcances era tan notable como su excesiva vanidad y su desmedido deseo de brillar: no teniendo idea alguna sólida de religion, y habiendo vivido siempre al lado de su madre, que era buena por-

que en su vida habia sabido ser mala, sus defectos fueron creciendo del mismo modo que su lujo y su ostentacion.

He dicho ya en otro lugar de este libro, que una mujer puede ser el ángel ó demonio del hogar doméstico, segun sean su educacion é inclinaciones; pero que hay muchas que no son ni lo uno ni lo otro; lo cual es infinitamente peor.

En efecto: ¿hay cosa más desesperante que una mujer sin carácter fijo? ¿Que una de esas mujeres sin pasiones; sin inteligencia, sin aspiraciones y hasta sin defectos?

—¿Qué le falta á usted para ser dichoso? preguntaba yo, no hace mucho tiempo, á un amigo mio, hombre de buen talento, y poseido de tan devorante tristeza, que no hallaba en todo el mundo un lenitivo para ella: ¿Qué es lo que le falta? Es usted rico, tiene usted una esposa bella y jóven, dos hermosos hijos y buena salud: ¿no es, pues, ofender á Dios el ostentar y hasta el sentir ese abatimiento profundo en que todos le vemos sumido?

—No se si es ofender á Dios el estar aburrido de la vida, me respondió con aire sombrío; pero á usted, amiga mia le diré lo que á nadie he dicho aún: ¡me canso de vivir!

—Esas palabras impías no salen del corazón de ud. al ménos le hago la justicia de creerlo así: ¿tendrá usted, por desgracia, sinsabores domésticos?

—¡Pluguiese á Dios!

—¿Es, pues, el exceso de la dicha lo que le fatiga?

—¡El exceso de la dicha! ¡Ah si usted supiera lo que es vivir al lado de una estatua de yeso, como yo vivo hace seis años, me compadecería!

—¿No sería peor que le hubiera tocado en suerte una mujer mala?

—No. El mal se previene, y se afana el hombre en precaverlo: el bien se goza con deleite, pero la nada ¡mata! ¡Hay que agradecerle el que sea buena á una mujer que no tiene aliento, ni corazón, ni pasiones para ser mala? ¡No, no, María! ¡Esto no es virtud es . . . nulidad! ¡El amor, la generosidad, son nombres vacíos é incomprensibles para esas criaturas, para esos autómatas á quienes creo que la justicia de Dios negará la entrada en el cielo y en el infierno, y los conducirá al limbo!

—Pero, amigo mio, esos pobres seres tienen su destino en la tierra; para alguna cosa les ha criado Dios, y usted ofende su eterna sabiduría negándoles toda influencia en la sociedad y en la familia, todos sus derechos en esta vida y en la otra!

—¿Quién niega que tienen un destino? Le tienen, y tan elevado como corresponde á su nulo organismo: tienen la misión de hacer ambicionar igualmente el bien y el mal, porque uno y otro se echan de ménos en ellos!

Mi amigo acompañó sus últimas palabras con

una sonrisa seca y nerviosa, que me hizo daño.

—Todavía quedan á usted sus hijos, repuse anhelando calmar aquel profundo dolor, y llenar con una sensación consoladora el vacío insondable de su corazón.

—¡Mis hijos! repitió en tanto que una lágrima templaba el brillo de sus ardientes ojos, mis hijos se nos parecerán mucho á su madre y á mí, mi hija sabrá coser, barrer, comer y dormir, como hace su madre: oirá misa todos los domingos y confesar cada dos meses; pero si á los sesenta años de su edad se le preguntase qué significa lo que reza, no sabría decirlo: su corazón se helará sin que lo haya calentado una sola vez el amor ó el entusiasmo.

Si se casa con un hombre que se le parezca, será dichosa á su manera; si se casa con un hombre que piense y sienta, será feliz también, pero hará de su marido un réprobo, que huirá de su lado como yo huyo del de su madre; en cuanto á mi hijo, es ya tan semejante á mi carácter é inclinaciones, que no dudo se me parecerá completamente; buscará riqueza y hermosura, como busqué yo, y luego maldecirá cada día el lazo que le ahoga, y que el mismo rodeó á su cuello!

—¡Ah! pensé yo contemplando con tristeza á aquel hombre ¡el amor es el que eleva, hace buena y engrandece á la mujer! Triste destino el de aquella que no le comprende ó le desconoce porque tampoco sabe inspirarle!

## II

La madre de Leontina fué para su marido *una estatua de yeso*, como decia mi amigo de su esposa. Cuando enviudó lloró los nueve dias de costumbre, pero sólo delante de las gentes; cuando estaba sola comia, bebia y dormia con el mismo desahogo que cuando vivia su esposo.

Si no se volvió á casar en seguida, fué porque su hija Leontina, que ya contaba catorce años, se ponía hecha una furia cuando alguno hablaba á su madre de casamiento. Esta temia á su hija; y aunque he dicho que la adoraba, no merece el nombre de adoracion, ni aún de cariño, la mezcla odiosa de indigno servilismo y de estúpida indiferencia con que miraba todos los caprichos de su hija.

Como consecuencia indispensable de los cuantiosos gastos de Leontina, su fortuna fué decayendo; no bastándola las rentas acudió al capital, y si á los diez y ocho años no hubiera conocido Leontina al conde Harley y hubiera logrado casarse con él, madre é hija hubieran tenido que pasar muy duras pruebas.

Rafaela entretanto pasaba su vida al lado de su padre, y casi en absoluto retiro. Vivian en la misma casa que Leontina y su madre, y bajo el mismo techo hab' crecido entrambas jóvenes, uniéndolas más que la edad, la dulzura del ca-

rácter de Rafaela, y el afan de dominio del de Leontina. Esta tenia cuatro años más que la señorita de Aguilar y habia llegado á intimidarla de tal modo con su soberbia é irascibilidad, que Rafaela no tenia más voluntad que la suya.

Solamente con Leontina y con su madre salia Rafaela de su casa, y cuando las veian en un mismo palco, en el teatro, las dos jóvenes llamaban la atencion general; la una con su soberbia belleza de diez y ocho años, y la otra con su cándida hermosura de catorce.

Rafaela asistió al casamiento de su amiga, y apenas celebrado, partió Leontina á Paris con su esposo, que era joven, rico y estaba dotado de mil cualidades recomendables. Rafaela quedó en Madrid con su padre, y seis años despues le acompañó á Lóndres, donde, como ya sabemos, casó con mister Wilsson.

El conde de Harley conoció, aunque tarde, su yerro en casarse con Leontina; tuvo dos hijos, que murieron, y por último, una hija, á la cual puso el nombre de Consuelo, pues era verdaderamente el único que le quedaba en medio de sus pesares domésticos.

No obstante el conde de Harley tenia sólo veintiocho años, y un dia pensó maduramente acerca de si le convendria más acabar de un golpe con su esposa, encerrarla en un convento ó hacerse el tonto con respecto á su demasiado visible coquetismo.

Después de largas reflexiones, calculó que ya no la amaba. Que con darle un golpe y matarla exponía su propia vida, y que encerrándola en un convento, además de provocar un escándalo, le costaría desembolsar el importe de unos crecidos alimentos. Sacó en consecuencia que su mujer valía tan poco que no merecía ninguna de estas cosas, y tomó el partido de dejarla divertirse á su sabor y de divertirse él también cuando le fuera posible.

Entonces, es decir, pocos días después de haber tomado esta prudente determinación, conoció á M. de Laroche; era éste uno de tantos caballeros de industria como pululan en París, y que vivía sin saberse de qué, con grande ostentación.

M. Laroche pareció aficionarse muchísimo al conde, y poco á poco le fué encenagando en todos los desórdenes de su vida licenciosa. Sin embargo, el conde conservó ileso su honor; todas sus deudas eran pagadas religiosamente, y no pocas veces satisfizo también las de su amigo M. Laroche.

Consuelo se parecía á su padre. Dotada de exquisita sensibilidad y de una percepción admirable, y educada además por una excelente señora, á quien su padre suplicó le sirviese de aya, un instinto invencible la separaba de su madre, la cual, por su parte, pasaba días enteros sin verla y sin pensar siquiera en que tenía una hija.

Cuando Consuelo contaba apenas ocho años tuvo que llorar la muerte de su padre; la salud del conde, delicada de suyo, no pudo resistir á los excesos de todas clases á que se entregaba, y contrajo una enfermedad que le llevó al sepulcro en pocos meses. Consuelo, á pesar de su corta edad, veló á su padre noche y día, en tanto que su madre no perdió una sola de sus habituales diversiones.

Pocos días después de haber muerto el conde salió para Alemania M. Laroche. Muchas personas habían advertido la afición desmedida que le profesaba la condesa en vida de su esposo, y aun se decía que él era insensible á su cariño; así, aquella marcha precipitada chocó á casi todos, atribuyéndola á motivos favorables para Claudio Laroche. Mas, ¿qué podía ya conceder el mundo á aquel hombre dominado por las pasiones? Los rumores cesaron muy pronto, y la condesa tardó poco en volver á su coquetismo y su disipación habitual olvidándose de Claudio.

Cuando Leontina se decidía á ver á su hija era sólo para regañarla y regañar á su aya, por el método de vida que ambas hacían. Ella hubiera querido ver á Consuelo aficionada al lujo, y la niña era la misma sencillez. Hubiérala querido ver arrogante y ella estaba dotada de la más dulce y hermosa humildad. La hubiera deseado instruida y brillando por su talento, y el aya que su padre le había buscado sólo le había enseñado á

ser buena, dulce, sumisa, á sentir á trabajar con perfeccion en todas las labores de su sexo, á gobernar una casa y á rezar con fe y devocion.

Consuelo llevaba desde la muerte de su padre, y sin que Leontina se apercibiese de ello, todas las cuentas de los inmensos gastos de la casa, y su aya le hacia conocer los excesos y el modo mejor de remediarlos, para cuando ella tuviese una familia que gobernar.

Quando mister Wilsson, cansado ya de ejercer la usura en Lóndres, determinó fijar su residencia en Paris para idear nuevos modos de enriquecerse, Rafaela escribió á su amiga Leontina, con quien habia seguido una correspondencia lenta, pero no interrumpida. La condesa, idólatra de todo lo que brilla, y sobre todo, idólatra de la riqueza, se apresuró á ir á visitar á su amiga. Pero no fué la belleza de Rafaela lo que más la admiró, ni la riqueza de mister Wilsson; lo que la cautivó sobremanera fué Alicia, su extraordinario talento, su basta instruccion y su aire régio.

Rafaela, por su parte, halló tan vacía y superficial la cabeza de su amiga, que no pensó siquiera en confiarle la más mínima parte de sus penas. Pero, ¡cuánto admiró la gracia, la dulzura y todas las bellas dotes de su hija! ¡Cómo sintió crecer cada dia en su corazon el efecto que le inspiraba Consuelo! ¡Y cuánto hubiera dado por que Alicia se le hubiera semejado!

## III

—No mereces tú á esa admirable niña, decía Leontina muchas veces mirando á Alicia con una envidia que traslucia en la enconada expresion de su rostro. ¡Oh, las ayas, las ayas! ¡Qué bien ha hecho su padre en no buscarle aya y en educársela él mismo!

—Leontina, respondió mistress Wilsson con tristeza, yo hubiera querido que Alicia hubiera tenido el aya de tu hija, ya que su padre no me ha creído capaz de educarla por mí mismo.

—Tú has sido siempre una necia, y no serás otra cosa mientras vivas, respondia la condesa con impaciencia; tu marido debe tener alguna idea grande con respecto á tu hija.

—¡Sí, una idea monstruosa! replicó Rafaela un dia que su amiga le habia dicho estas palabras, acaso por la milésima vez: ¡quiere hacer ver en mi hija que es posible la emancipacion de la mujer.

—¿Quién lo duda?

—¡Yo, Leontina, yo! Y ántes quisiera morir que ver á mi pobre hija prestándose á realizar ideas tan absurdas!

—¡Pues qué! si nos dieran á las mujeres la educacion que se da á los hombres, ¿no seriamos tan capaces como ellos de manejarnos solas?

¿Hay alguna diferencia entre nuestra inteligencia y la suya?

Leontina decia estas vulgaridades, repitiendo lo que habia oido decir tantas veces; Rafaela conoció que no emitia ideas propias y que sólo era el eco de las ambiciosas utopias de otras mujeres de más talento, pero no de mejores instintos. No obstante, aunque estas reflexiones hubieran podido dispensarla de contestar, no quiso hacerlo, temerosa de la influencia que podian ejercer en su hija tan fatales ideas.

—No seré yo, repuso, quien dispute si la inteligencia de la mujer es igual ó superior á la del hombre; pero sostendré siempre, con el calor de una conviccion profunda, que la mujer no ha nacido para la emancipacion, y que Dios no le ha dado ese destino en el mundo. ¿Cómo habia de señalar la soledad y el aislamiento como la mayor de las venturas, al sér débil y amoroso de la creacion? ¿Cómo habia de privarle de la familia y de los goces sublimes del amor materno?

—Pero, Rafaela, exclamó la condesa, cuya luz natural daba algunos chispazos cuando no la ofuscaban sus pasiones: ¿tratas acaso de confundir, ó reunir más bien de un modo inseparable los goces de los sentidos, con los derechos ó con el poderío de la inteligencia?

—Y qué Leontina, ¿quieres tú conceder el matrimonio á la emancipacion de la mujer? ¿Qué derechos tendria entonces el esposo?

¿Quién querria serlo de la mujer emancipada?

—Si la emancipacion fuese un hecho ó una ley adoptada en vez de una teoria como es hoy. . . .

—¡Jamás! interrumpió Rafaela con fuego, ¡jamás habrá esposo para la mujer emancipada ora se considere su emancipacion como un sueño de imaginaciones enfermas, ora se imponga á la sociedad como ley! ¿Qué hombre querria ver educar á sus hijas para pedagogos, y á sus hijos para la nulidad? ¿Qué hombre declinaria así los sagrados derechos de la naturaleza? ¿Qué ocupacion hanrosa quedaba al hombre en su hogar si la esposa manejaba los negocios y disponia de los haberes?

¡Bah! ¡Bah! ¿Hay más que abolir el matrimonio?

—Entonces la emancipacion es una monstruosidad á que muy pocas mujeres querrian avenirse; quedarian los hogares sin calor y sin luz, porque no habria ni esposas ni madres.

—Quedaria el amor á la mujer.

—¡Horror! ¿Qué es amor cuando no está contenido y embellecido por el deber? ¿Pretendes que el hombre hablase sólo á nuestros sentidos y nunca al corazon? No, no, Leontina; Dios mismo hizo al hombre el jefe natural de su familia. ¡Trabaja! le dijo en Adan. ¡Ama! dijo en Eva á la mujer. ¡Consuela al hombre! ¡Hazle más llevadero mi castigo! ¡Siguele donde quiera que vaya!

—Tu hija me parece un espíritu tan fuerte, que no necesita del amor para ser dichosa, y podrá serlo sin faltar á esa virtud que tú áides á varas.

—¡Ese es todo mi temor! exclamó Rafaela alzando al cielo sus ojos llenos de lágrimas y sus cruzadas manos: mi temor es que su corazón se petrifique, y que pueda vivir sin amor. ¡Sin amor! . . . ¡La redención, el consuelo, la fuerza, y el cielo en la tierra de la mujer!

#### IV

A pesar de la diferencia de carácter y de educación que existía entre Alicia y Consuelo, las dos niñas se amaban con entrañable afecto. Admiraba la hija de la condesa la fortaleza y la arrogancia de la hija del inglés, y Alicia miraba con una especie de tierna, pero altiva conmiseración, la debilidad y la mansedumbre de Consuelo.

Esta, al presentarla á mis lectores, hacía ya un año que no tenía aya. Persuadida su madre de que la buena señora á quien el conde había encargado de la educación de Consuelo alimentaba la *bajeza*, como ella llamaba, de los instintos de ésta, en vez de procurar enaltecerlos, aprovechó la primera ocasión de despedirla de su casa.

Consuelo quedó, pues, como aislada y falta de toda compañía desde que fué despedida su bue-

na aya. Ocupada como estaba su madre en <sup>no poder</sup> recibir visitas continuas, apenas la veía y por otra parte, sus caracteres é inclinaciones diferían demasiado para que no fuese absolutamente imposible toda intimidad entre ambas.

Hay en el alma cierta clase de afecciones independientes del amor, de la amistad y hasta de los lazos de la sangre. Se ve á veces que se unen dos personas por la más fuerte simpatía, siendo del todo opuestas en sentimientos y carácter, y otras veces advertimos que reina entre dos hermanas y aún entre madre é hija, una divergencia continua y sostenida. Esto era lo que sucedía á la condesa y á su hija; sin embargo, esta constante oposición estaba templada por parte de la niña con el respeto y la ternura que profesaba á su madre.

La condesa pasaba su vida en los salones y teatros adonde rara vez iba acompañada de su hija, y hubiera podido creer que guardaba á Consuelo como un modo de atraer las atenciones en derredor suyo, cuando la edad hubiera disipado todos sus atractivos. Consuelo permanecía todo el día solitaria, y pasaba las veladas igualmente sola en su cuarto, ocupada en leer alguno de los libros que tenía en la pequeña y escogida biblioteca que le había formado su padre, y en alguna labor de aguja, en las que era, por hábito y por afición, en extremo primorosa. A las once, y cuando todavía no había vuelto su madre á casa,

se arrodillaba en su reclinatorio, rezaba y se acostaba.

Aunque hija de una de las casas más nobles y ricas de Francia, Consuelo vivía como una joven de la clase media, exceptuando los trajes de valor para ver, como ella decía, si era posible que se aficionase al lujo. Por lo demás, Leontina, que pasaba meses enteros sin entrar en el cuarto de su hija, no había echado de ver que su mueblaje, que cuando era muy niña tenía una excesiva sencillez, se había convertido en muy pobre para una joven de doce años é hija de la brillante condesa de Harley.

Consuelo sólo salía de su casa los domingos para ir á misa, y las noches que su madre pasaba con Rafaela. Pocas veces veía á Alicia, que ocupaba una gran parte de la velada en dar sus lecciones, y el resto en estudiar; pero ésta no se olvidaba nunca de ir á abrazar á su amiga cuando la veía llegar y cuando calculaba que era la hora de que se volviese á su casa. De este modo se fué consolidando cada día más el lazo fuerte y simpático que unía á aquellas dos hermosas criaturas; lazo que con el tiempo debía ejercer una gran influencia en el porvenir de entrambas, porque las afecciones de la infancia dan lugar casi siempre á los más importantes sucesos de la vida.

Algunos días ántes de la noche en que he presentado á Leontina por la vez primera á mis lectores en casa de mister Wilsson, apa-

reció de nuevo Claudio Laroche en Paris.

Era un hombre hermoso, pero de una belleza que tenía algo de fatídica y sombría. Hijo de un herrero, había dejado la fragua de su padre para ser actor de una compañía de la legua, y luego se había metido de accionista con un capital improvisado, de esos cuya procedencia no puede adivinar nadie, pero que es tanto más deshonrosa cuanto mayor es el misterio que la encubre.

No obstante, Claudio Laroche había tenido en otro tiempo magnífica casa y hermosos trenes, y esto bastó para que se le abriesen muchos salones, cerrados á la pobreza honrada y digna. En ellos había conocido al conde y á la condesa de Harley, y se había apoderado á tiempo mismo de la voluntad del uno y de la otra.

La condesa supo su partida á Alemania con poca pesadumbre, pero vió su regreso con gran placer, porque si hubiera sido capaz de querer á otro sér que no fuese ella misma, seguramente hubiera sido M. de Laroche dueño absoluto de su corazón.

Claudio tenía treinta años á su vuelta á Paris. Era alto, delgado, moreno y nervioso. Sus ojos eran rasgados y negros; su cabello negro también, abundante y rizado; nariz aguilena y ligeramente encorvada. Una hermosa barba negra y ensortijada cubría la parte inferior de su rostro, y le daba un aire enérgico y atrevido.

Procuró ser presentado de nuevo en casa de

la condesa de Harley, y muy pronto halló el medio de conseguirlo, gracias á la facilidad con que Leontina accedió a las instancias de otro de sus numerosos amigos, que se lo rogó en nombre de Claudio, diciéndole que no se atrevía á presentarse solo en su casa.

---



---

## CAPITULO VI.

### La berlina azul.—Dos antiguos socios.

#### I

Eran las diez de la mañana. El sol de Mayo brillaba en el cielo, comunicando vida y alegría á la gran ciudad de Paris, cuando un hermoso carruaje paró á la puerta de una casa de mísera apariencia, en el solitario barrio de Marais. La calle, larga y triste, estaba cubierta en parte por la hierba que brotaba entre las mal unidas piedras, signo seguro de su soledad. Dos ó tres casas diseminadas á largas distancias y separadas por las tapias de otros tantos grandes jardines, era lo único que animaba la monotonía del paisaje, terminado entónces por una iglesia que se veía al fin de la calle.

La casa á cuya puerta se detuvo el carruaje de que ántes he hablado, era la más pequeña de todas. La puerta angosta y despintada, estaba